



# Evangelina Benítez

## Vivir y producir en el interior profundo

Autora: Evangelina Benítez

### Virginia Rossi

Ing. Agr., Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía (EEMAC), Universidad de la República.

[virossi@fagro.edu.uy](mailto:virossi@fagro.edu.uy)

### Evangelina Benítez

Productora ganadera familiar del departamento de Salto.

*Yo valoro cada etapa de mi vida,  
porque son etapas  
que agradezco haberlas vivido.  
Todo lo que nos tocó vivir,  
se disfrutó a su manera.*

## 1- LAS MUJERES DE MATAOJO<sup>1</sup>

Si hablamos de mujer rural, ¡qué mujer rural fue mi madre! Ella se crió en Mataojo, se casó muy joven y se dedicó por completo a formar un hogar y a criarnos, fue una madre presente que se desvivía por sus hijos. ¡Qué valor había que tener para formar un hogar en aquella época!, y atender sola a sus seis hijos sin tener cerca a su madre, que trabajaba de cocinera en una estancia. Después de ser madre, te das cuenta realmente de toda la dedicación que tuvo con nosotros, sin su marido al lado porque papá era peón de estancia... mientras que yo solo crié tres hijas y siempre con mi marido al lado, sin tener que separarnos porque como productores pudimos hacer el trabajo siempre juntos.

También te pones melancólica y pensás... ¡pobres mujeres, las abuelas! mi abuela materna siempre fue cocinera de estancia, la recuerdo como una mujer muy bonita, muy coqueta y hogareña, a la que le gustaba arreglarse, recuerdo que usaba esmalte y maquillaje. En mi recuerdo, era “la abuela de los bollos”, de los dulces... una gran cocinera, hacía un guiso que hacemos en la familia con

sangre de oveja y que llamamos “guiso de sangre” (una especie de morcilla no envasada). Era muy emprendedora, se daba maña para sacar aceite de las patitas de oveja y se arreglaba para conseguir todo a partir de lo poco que tenía. Todo lo que estaba en el entorno era aprovechado y ella hasta cosía y era de tejer, porque se hacía ella misma los vestidos; eso lo heredé de ella.

Mientras que mi abuela paterna, a quién le debo el apellido, era del tiempo de las sirvientas. Sí, “sirvienta de estancia” fue mi abuela, y esa sí que era una guerrera, una mujer grandota, una luchadora que no se quejaba de nada, y siempre tenía buen humor... ¡pobre mi abuela! cuando voy por Salto siempre paso por el cementerio “a echarle una sonrisa”. Ella era “sirvienta-sirvienta”, de las sirvientas que hacían el pan, que ordeñaban y que hasta hijos del patrón tenían. Sirvienta de estancias grandes, siempre por la zona de Mataojo, Pueblo Fernández, Paso Nuevo, Paso Valega...

Siempre decimos con los primos, qué honor, un orgullo que fuera esta abuela que nos dejó el apellido Benítez, porque ¡era una gran mujer! Ella vino con los padres de Brasil, y llevaba el apellido de su madre; porque en Brasil el apellido de la madre va primero siempre. Los padres la emplearon de sirvienta en una estancia desde muy joven, como se acostumbraba en ese tiempo. Y ella siempre nos

1) Región ubicada en la zona noreste del departamento de Salto, que limita al norte con el departamento de Artigas y al este con el de Tacuarembó.

decía que trabajaba de sirvienta, que no era casera de estancia, como mi otra abuela, sino sirvienta. Anduvo en varias estancias y fue madre de ocho hijos (siete varones y una mujer), dos tandas de cuatro, de dos patronos. Tuvo sus hijos y a todos los fue criando, y el apellido de los hijos, siempre todos con el de ella. Por eso mi papá, que siempre estuvo cerca de ella, “no conoció padre”, aunque sabía bien quién era el padre.

Cuando uno se pone a pensar que en ese tiempo la vida era así, sin derecho a nada, sin derecho a decir nada. Tener los hijos de los patronos y criarlos sola. Pero yo la conocí a esa abuela como “abuela partera” que ayudó a nacer a montones de hijos... Porque de grande se jubiló y la tuvimos viviendo con nosotros, en la casa pegada a la nuestra. Los seis hermanos nacimos ayudados por esa abuela Benítez ¡era la partera del pueblo!

Como que esas mujeres, mis abuelas, tenían que salir “a lucharla” con lo que tenían, ¡más que nada con los brazos! salvando la diferencia de que una era casera y la otra sirvienta, el trabajo que hacían las mujeres en esa época era más o menos el mismo tipo de trabajo, un trabajo muy sacrificado.

## 2- UNA INFANCIA MUY FELIZ

Me siento muy agradecida, porque la nuestra fue una infancia muy feliz. En aquel momento la vivimos de una forma muy natural y disfrutable, fue “lo que nos tocó”. Y hoy mirándolo a distancia, decimos ¡Todo lo que se pasó, en aquel entonces...!

Mi papá se casó con treinta y cinco años con mi mamá, de apenas dieciséis. Se conocieron en Matajojo y a pesar de que se llevaban veinte años, vivieron juntos cincuenta y seis años. Papá fue siempre peón de estancia, desde jovencito, y por eso al principio nosotros, como no podíamos vivir en las estancias, vivíamos en ese pueblo de donde era oriunda mi madre. Los de papá eran “los brazos de la casa”: era el sueldo de papá nomás el de la casa, él tenía que trabajar en las estancias y venía sólo los fines de semana, sábado y domingo. ¡Y era una visita tan esperada! pero estaba un ratito nomás, porque el domingo se iba de vuelta.

Mamá se dedicó a criarnos, con lo que podía y sabía de su entorno, ya que nunca salió del pueblo. Somos seis hermanos, tres mujeres y tres varones. Y como soy la segunda ayudé en la crianza de los más chicos. Ayudábamos en todo a mi madre, salíamos a comprar la leche para los chiquitos... porque nos criamos con café negro, café con fariña, o cocoa. El único litro de leche que se compraba y que traíamos en una botella, era sólo para los más chiquitos. Me acuerdo muy bien... también de esas noches de frío, en que siempre había algún chiquito con tos o resfrío: ¡pobre mi madre que dormía de a ratitos nomás!. Y yo colaboraba haciendo cosas en la casa y ayudando a

hacer dormir a los más chicos. Sobre todo, ayudé a criar a uno de mis hermanos, que era siete años menor. Porque él era chiquito (tenía solo quince meses) cuando nació la otra hermana, la más chica. La misma noche que ella nació, me acuerdo que la abuela la estaba ayudando a mi madre, y yo me traje a mi hermano a dormir en mi cama. Y a partir de eso lo adopté y lo cuidé más que a los demás: pasé a ser como su madre. Vas haciendo las cosas sin saber lo que hacés, pero vas colaborando en la formación de la familia también.

Cuando yo tenía diez u once años, papá consiguió trabajo en un puesto de estancia, por la zona de Zanja del Tigre. Era de la misma empresa donde era peón y allí le permitieron irse con toda la familia. Por lo que pudimos al fin estar todos juntos. En esta etapa logramos mantener la relación muy cercana que ya teníamos con la abuela, que venía en ómnibus a visitarnos. Ella siguió viviendo en el pueblo, porque siguió ejerciendo como partera del pueblo; desde allí la llevaban a todos lados.

En ese puesto se logró otro confort, otra forma de vivir: la casa era espaciosa, cada cual tenía su dormitorio, o sea que fue un tremendo cambio. Y la familia permaneció allí treinta y pico de años, hasta que cambió la firma. Pero también allí, el único que tenía sueldo, era papá. Él defendía como propio el ganado de la estancia, quizás por eso nunca pensó en ser productor. Nosotras, las hijas mujeres, salimos de ese lugar cuando nos casamos. Los hermanos menores, que eran chiquitos al mudarnos, allí en el puesto se terminaron de criar y se hicieron hombres.

Y así fue qué, cuando se jubiló papá, se quedó mi hermano menor de puestero, en el mismo sitio. Se quedaron allí mismo hasta que se liquidó la firma y pasó a manos de otra empresa. Fue recién ahí que mi familia dejó el puesto. Pero a papá le costaba mucho vivir en el pueblo, donde se había ido a vivir mi hermana menor. Por eso fue que le hicimos una casita en un campo de mi hermano menor, muy cerca del lugar donde él había nacido. Ahí, él nos mostraba los cerritos y nos decía: “Allá vivía la abuela”, y nos hacía toda esa historia familiar. ¡Pensar que vivió sus últimos años tan cerca de donde él había nacido y de donde su madre era la sirvienta del patrón!

Solo al final, cuando se enfermó, mi hermano se lo llevó a Salto. Y ahí me enteré de que tenía dos hijos más, mayores que nosotros. Porque ya estando enfermo y de noventa y pico de años, uno de esos hijos lo vino a ver. Quizás fuera algo sabido, pero de lo que nunca se hablaba en mi casa: nunca los reconocieron. Supe que se criaron cerca de la frontera, por Masoller. Y suponemos que papá nunca los trajo a casa para no molestar a mi mamá...

## 3- EL PRIMER PUEBLO

Había muchos rancheríos por la zona y el pueblo era

uno de los típicos rancheríos que se formaban entre las estancias. No es que fuera un pueblo precisamente. Los ranchos se fueron ampliando, las familias nucleando y así hasta el día de hoy...

Pero el pueblo en los años 60 era mucho más grande que ahora, tenía entre 600 y 700 habitantes. Casi toda la gente del pueblo trabajaba en las estancias de la zona, por lo que los habitantes eran familias de esos peones de las estancias.

El otro día, trajimos el baúl de la casa de la abuela para la casa de las hijas. Viendo que se trata de un baúl que como mucho mide un 1,2 m, pensaba en cómo fue posible que ahí entrase toda la ropa que teníamos y en cómo hacían nuestras abuelas, para vivir y habitar en esos espacios tan reducidos que tenían...

Porque cuando era niña, la casa que teníamos era una pieza que había hecho papá para dormitorio de la familia, de ladrillo y paja. Cabíamos todos ahí, el matrimonio y los seis hermanos. Aparte, había un comedorcito-cocina hecho de barro y paja. Hacia un lado de nuestra casa, vivía mi abuela paterna con la tía; hacia el otro vivía mi bisabuela materna, en un espacio más reducido aún: un ranchito de no más de un metro y que apenas tendría algún banquito. Ella cocinaba afuera, en el piso, donde se hacía el fuego con leña que ella misma iba a buscar todos los días. Nosotros íbamos a tomar mate de té con ella, que lo hacía de yuyos. Nunca se quejaba de nada. La sensación que tengo es que efectivamente no le faltaba nada. Pero será que nos conformábamos con tan poco que parecía que no le faltaba nada...

Aquellas mujeres carecían de todo, pero ¡cuánto amor y afecto debían tener para alojar a toda una familia en esos espacios reducidos! Para las mujeres del pueblo, como fue

el caso de mi madre, era impensable planificar la familia. El embarazo transcurría rodeado de otros hijos chicos, así que ni tiempo tendrían de pensar en eso. Tenían hijos uno detrás de otro, sin controles ni atención médica. Es que nosotros de chicos ¡no conocíamos al médico! Nada, no había ninguna atención de salud. Para nacer estaba mi abuela y además había una enfermera que durante más de 40 años curó a todo el pueblo. Hace poco la homenajearon, un sobrino recopiló su historia y vino la Junta departamental<sup>2</sup>.

La enfermera tenía su botiquín y la habilidad de curar sin haber estudiado, más allá de los libros que se podía encontrar. Empezó ayudando a la gente y se rebuscaba con conocimiento propio. Estudió después, porque de grande tuvo que rendir exámenes cuando obligaron a tener estudios de enfermería para ejercer. Si te pasaba algo serio o por cuestiones más graves, había que ir a Salto. Pero en ese caso si se iba en ómnibus, se iba un día y se volvía al otro. Por eso no era común que se fuera y sólo alguna vez, alguien se trasladaba. Cuando éramos chicos, era sólo ella en el pueblo. Y una vez al mes venía una gira sanitaria en el avión-ambulancia, con Rattín<sup>3</sup> el aviador y el Dr. Santos. En ese entonces también Celmira acompañaba pacientes en el avión cuando los tenían que trasladar.

Si tenías dolor de muelas, ¡ni pensar en el dentista! ¡Si habré sufrido dolor de muelas! mi mamá nos ponía clavos de olor, remojados en alcohol: te duele y duele. Dolía bastante, pero te mataban la carie con eso. También se curaba con yuyos. Nosotros los usábamos bastante porque la bisabuela sabía medicar con yuyos y con ella aprendimos.

2) El 18 de diciembre de 2011 el Intendente de Salto descubrió una placa en la policlínica en agradecimiento por la incondicional dedicación de María Celmira Blanco Pereira a la salud de los habitantes de Mataojo.

3) El 11 de agosto de 2022, Hebert Rattin fue homenajeadado por la Intendencia de Salto por su comprometida labor y por ser uno de los pilotos con mayor experiencia de nuestro país, con 67 años de pilotaje y casi veinte mil horas de vuelo.



Evangelina Benítez.

Y hasta hoy con 60 años, los sigo utilizando.

#### 4- ME GUSTABA LA ESCUELA

Pienso que de haber podido estudiar, hubiera sido una buena psicóloga. Me gusta prestar atención a los problemas humanos y pienso que nada es tan gris, ni nada es tan rosa. Y me hubiera gustado ir por el lado de sostener a la gente.

Pero solo terminé la escuela. No iba por obligación, iba porque a mí me gustaba. Cursé hasta cuarto año en el pueblo en la Escuela N° 40<sup>4</sup>, hoy Carmelo de Arzadum<sup>5</sup>. En aquel momento la escuela tenía ciento veinte gurises y cuatro maestros. Caminábamos un kilómetro y pico para llegar.

Para nosotros ir a la escuela era una cosa desconocida, una novedad en el entendido de que mi casa no era una casa donde hubiera cuadernos ni lápices. Y como soy la segunda, un año antes que yo para mi hermana y luego también para mí, empezar la escuela fue aprender a agarrar un lápiz también. Mi mamá tampoco tenía tiempo para ayudarnos con las tareas.

En ese tiempo no íbamos todos los días a la escuela: íbamos “salteado” porque nos turnábamos con mi hermana mayor para ayudar a mi madre. Si uno de los hermanos estaba resfriado, o estaba con fiebre, ya faltaba una de las dos. Entonces, era muy difícil que fuéramos de lunes a viernes y siempre tuvimos muchas faltas. Pero se ve que era inteligente, porque igual a mí me iba muy bien en la escuela. Nunca tuvimos problema de aprendizaje, y en el rato que asistimos, rendimos igual. Otra de las cosas que hacíamos en forma natural y desde muy chiquitas, era ir a lavar al arroyo. Agarrábamos el latón y nos llevábamos la ropa de los chiquitos: en casa siempre había un montón de ropa para lavar.

Cuando nos mudamos al puesto de Zanja del Tigre, fuimos a otra escuela; yo terminé primaria en la Escuela N°53 de Paraje Levitán, que ya no existe. Y fue un cambio, porque era unidocente y éramos solo quince gurises. Allí tuve dos maestros varones diferentes, uno en quinto y otro en sexto. Me apliqué al estudio mucho más, íbamos de lunes a viernes y nos aprendíamos todo. Tanto que cuando estaba por egresar, el maestro venía a casa para decirle a mis padres que me mandaran a estudiar al liceo porque yo tenía muchas condiciones. Pero ni papá ni mamá en esa época quisieron... ¡quién sabe por dónde tendrían que haber ido, si hubieran querido enviarme a estudiar! Dejar el puesto era algo imposible para mis padres, tampoco podían pensar en mudarme a la capital del departamento

4) En 1947 se instala en esta escuela una misión socio-pedagógica llevada adelante por el maestro Julio Castro y un grupo de 60 personas, entre los que se encontraban estudiantes de magisterio, agronomía, odontología y medicina.

5) Por ley 17.463 del 2 de abril de 2002, la escuela N° 40 es designada con el nombre “Carmelo de Arzadum”, uno de los pintores más relevantes de la plástica nacional, que nació el 16 de julio de 1888 en la zona de Matajojo Grande.

para seguir estudiando. Y por eso yo misma tampoco nunca pensé en seguir estudiando. Una de mis compañeras de esa escuela sí pudo seguir estudiando: su padre era policía y logró el traslado. Se mudó toda la familia a la ciudad y hoy ella es Inspectora de Enseñanza Primaria.

#### 5- EL SEGUNDO PUEBLO

De jóvenes, todos crecimos viéndonos por la zona de Matajojo. Y siempre era más o menos la misma parentela que nos encontrábamos: éramos los mismos compañeros de escuela de la zona. Así fueron transcurriendo los años hasta la edad en que llegaron las fiestas y empezamos a ir a los bailes, bailes que reunían gente de todos los pueblitos de la zona.

Con mi esposo nos veíamos “de baile en baile”. Después de tres años de novios nos casamos muy enamorados, cuando yo tenía diecisiete años y él veinticinco. Lo conocíamos desde siempre porque su familia nos traía la leña. Eran catorce hermanos y trabajaban juntos con la máquina de esquila y con un carro de ocho caballos.

Al casarnos dejé el puesto y nos mudamos a otro pueblo, donde vivimos por nueve años en una casita frente a la de mi suegro, construida antes por un cuñado que luego arrendó campo y se fue. Mi suegro era un hombre muy admirable que se hizo de capital sin tener nada. Siempre trabajando con sus hijos y con la máquina de esquila, fue comprando tierra y llegó a tener más de 1000 ha de campo. Eran otros tiempos en que la tierra valía menos. En los primeros tres años mi esposo siguió trabajando con la familia, con la máquina de esquila y con el carro. Al morir mi suegro, los hermanos se fueron abriendo camino y nos fuimos independizando, pero aun así, seguimos seis años más en esa casa.

Mi esposo siguió con la máquina de esquila y con el carro y yo me reflejé mucho en la mayor de mis cuñadas, con la que tenemos una muy buena amistad hasta el día de hoy. Me inspiré en ella y en todo lo que ella hacía en su casa, que es lo que hasta el día de hoy sigo haciendo yo también en la mía. ¡Hasta cortarle el pelo a mi marido! Atendía con él las ovejas que teníamos, me ocupaba de la huerta para alimentar la olla y también cosía y tejía toda la ropa que usábamos. ¡Se compraban muy pocas cosas! Así había sido en tiempos de mi madre, que cosía, tejía, destejía y reciclaba toda nuestra ropa. Y así fue como yo hice también y como ahora hacen mis hijas.

#### 6- LAS HIJAS VINIERON CUANDO QUISIMOS

Ya tenía veinte años cuando nació la hija mayor, que malcriamos un montón de años hasta que nacieron las mellizas. En ese entonces, ya iba a Salto cuando me

dolían las muelas y el embarazo fue controlado en Salto. En los controles me detectaron una cardiopatía, un soplo asintomático, y por eso mismo, aunque no hubiera querido ya tener una cesárea siendo tan joven, igual me la hicieron para evitar el esfuerzo del parto.

Por ese motivo, por varios años nos cuidamos y nos demoramos en agrandar la familia, porque fue lo que nos aconsejaron. Lo del soplo nos preocupó de forma alarmante, quizás por la falta de estudios en aquella época para determinar cuál era el tipo de problema que tenía.

Recién cuando nuestra hija mayor comenzaba el primer año de escuela (seis años), dejamos la casa de mi suegro y arrendamos un campo con mi hermano: le pusimos El Refugio. Para el transporte a la escuela, al principio todos los días ensillábamos y la llevábamos 12 km a caballo hasta la Escuela. Luego, cuando era más grandecita se empezó a quedar a dormir algunos días en la escuela, cuando entre semana se quedaba la maestra.

Años después, cuando se empezaron a realizar controles con ecocardiogramas, se vio que desapareció mi soplo y que todo estaba normal, por lo que volvimos a pensar en tener familia. Esto fue cuando la hija mayor ya tenía nueve años pero nosotros éramos jóvenes. Y como había pasado bastante tiempo y teníamos antecedentes por parte de abuelos y tíos, deseábamos que fueran mellizos para completar la familia.

Y fue lo que efectivamente sucedió, me lo confirmaron a los cuatro meses cuando me hicieron una ecografía. En ese embarazo, el último mes ya nos quedamos en Salto,

en la casa de mi cuñada. Y ahí nacieron por cesárea las mellizas, que como ambas pesaron dos kilos o más, solo estuvieron el primer día en la incubadora. Nosotras cuatro nos quedamos en la ciudad para controles y cuando las mellizas tenían dos meses nos vinimos todas para el campo.

Siempre me sentí a gusto con mi esposo, valoro que tuve mucha suerte en eso: quisimos formar un hogar y lo llevamos a la práctica juntos. Él es un hombre de trabajo, un hombre rural, rudo y aguerrido para el trabajo, nunca se queja. Nunca fui de esas mujeres que no tienen voz en las decisiones, lo que quizás se vincule a que no crecimos económicamente tanto. Ese no era nuestro objetivo. Siempre nos acompañamos en todo ¡Incluso jamás se quejó de tener cuatro mujeres en la casa!

## 7- EL REFUGIO

A las hijas las criamos “bien de bien” en el campo, fue algo natural para mí. La mayor tenía diez años cuando vinieron las mellizas y ayudó mucho con las hermanas. Estaba haciendo quinto año de escuela en Cerro Chato, y estaba muy entusiasmada. Tanto que hasta tenía nombres para sus hermanas, aunque no se los pusimos.

Así es que me arreglé sin pagar, ni salir en busca de una compañía para criar a las niñas. Estar sola en el campo con las tres fue algo que tomé como una cosa natural. En nuestra pareja nunca fue cosa de decir “qué hacés vos, o qué hago yo”, asique como de día estaba más en el campo, a él le tocaba más hacerlas dormir.



Majada en pastizales del basalto (Salto).

Una curiosidad es que en la misma casa donde vivimos ahora, vivió de niña con su familia, la famosa artista plástica Lacy Duarte<sup>6</sup>. Pero cuando arrendamos y nos mudamos a ese campo, por un tiempo vivimos en otra casa y la vecina que habitaba en nuestra casa actual, era quien venía a veces a visitarme. También mi abuela materna, aunque ya tenía unos cuantos años, cada tanto me visitaba y se quedaba conmigo, a veces diez o quince días. No teníamos tantas posibilidades de comunicación, no había teléfono ni televisión, pero lo que sí teníamos era una cosa elemental: la radio. Cuando nacieron las mellizas ya teníamos conducción, una camioneta Chevrolet 51, por lo que en caso que precisáramos podíamos salir y también llegar al teléfono de la Comisaría.

Hasta entonces nunca tuvimos luz eléctrica. Ni en ese momento ni antes cuando nació la hija mayor, porque la luz llegó a todos los pueblos de la zona recién en 2022. En los primeros tiempos allí tampoco teníamos heladera y por eso éramos muy cuidadosos con el ordeño y a la hija mayor no le dábamos la leche hervida que había quedado de la mañana, como otras familias hacían. Nosotros ordeñábamos una vaca de mañana y otra de tarde. Luego con las mellizas en El Refugio fue más fácil, porque aunque todavía no teníamos luz eléctrica sí teníamos heladera, primero a querosene y después con garrafa a gas.

Tampoco cuando yo era niña teníamos luz, y nosotros acarreamos el agua desde que íbamos a la escuela. Aunque en realidad por este tipo de cosas no nos hacíamos problema: para nosotros vivir, siempre había sido así. Para lavar la ropa siempre tuvimos un arroyito o una zanja cercana donde ir a lavar la ropa. Incluso en Cerro Chato al principio donde lavaba ropa hacíamos playa; en verano nos refrescábamos con las niñas. Claro que cuando tuvimos una casa de material eso mejoró porque trajimos agua de manantial con un plastiducto hasta la casa. Y, al tener una pileta para lavar, el trabajo se sentía menos y tenía más tiempo para atender a las chiquitas.

En el campo teníamos algunas vacas y más que nada, ovejas. Con la oveja alimentamos a la familia. Sin contar que siempre teníamos una vaca lechera, plantamos la chacra y complementamos la olla con gallinas. Hasta el día de hoy, me gusta empezar el día con el ordeño y fue una tarea que siempre hice. También hacer quesos, que me salen ricos. Cocinar, siempre fue con leña. Y por mucho tiempo, el mismo proveedor al que le vendíamos cueros, mes a mes nos dejaba el surtido de comestibles que necesitábamos, porque tenía comercio.

Eso nos evitaba manejar efectivo. Excepto con el cobro de la zafrá de la lana, que era cuando se hacían las compras en la ciudad. En general para eso nos manejamos

con dólares. Mi esposo era el que cobraba pero nunca me limitó en nada y siempre nos pusimos de acuerdo, también en lo económico. Los dos sabemos bien cuánto hay y cuánto sobra cada día. Pero él era quien cobraba y cuando llegábamos a la ciudad me daba la plata que yo dijera que necesitaba. ¡Cómo me rendía cuando iba de compras! Compraba la tela para las bombachas, los cortes de camisa, y si era invierno elegía telas de abrigo. Para hacer la ropa tenía una máquina de coser a pedal. Y hasta ahora a mi esposo le hago hasta el poncho y me hago toda la ropa para mí. Lo que cambió es que ahora me manejo distinto, porque me jubilé y ya no le pido plata, me muevo con lo que cobro en pesos y compro todo en cuotas. ¡Gané una gran tranquilidad... pero me alcanza menos!

Lo cierto es que nunca tuvimos esa presión de irnos a la ciudad. Esta vida nuestra en el campo era lo que había, lo que nos tocó. Como las familias estábamos todas más o menos igual en aquellos tiempos, no nos dábamos cuenta del sacrificio que hacíamos. Hasta el día de hoy, si vamos a la ciudad, hacemos los mandados, disfrutamos de las visitas y lo que vayamos a hacer, pero luego ¡nos volvemos! Puede ser un cambio brutal si se compara nuestra forma de vida con la forma de vida en la ciudad, pero esa, nunca la buscamos.

## 8- PARA NOSOTROS LA TIERRA ES TODO

En nuestra familia se vive y se disfruta del campo. Tener plata o trabajar para lo que vamos a tener o comprar, no es tema de nuestra conversación. Ni siquiera fue nuestro objetivo tener cosas ahora que quizás no teníamos en tiempos de escasez. Lo que siempre nos pesó fue esforzarnos para tener algo propio. No importó el sacrificio porque no hay más satisfacción que subir el cerro y ver tu pedacito de tierra, eso fue interiormente lo que soñábamos tener.

El no tener patrón es algo que se vive y lo nuestro siempre fue tener un pedazo de tierra. Mi esposo nunca fue empleado, empezó trabajando con su padre y también trabajó con sus hermanos. Casi todos trabajaban por cuenta propia. Si bien después recibió 70 hectáreas de la sucesión del padre, eso fue algo que no sabíamos cuándo iba a pasar. Mientras estuvimos arrendando en El Refugio, habíamos visto fracciones del INC en Paysandú, en la Colonia Baltasar Brum, pero no tuvimos suerte y eso nunca se concretó. Al vivir en campo arrendado, siempre tuvimos más que nada ovejas, que te dan plata más rápido que el ganado, donde es más largo el proceso. Así, además de tener con qué pagar la renta una vez por año, la lana también es una primera entrada de dinero que luego se complementa con la venta de los corderos.

Tuvimos un momento clave para hacernos de nuestra propia tierra, cuando se puso a la venta el campo que

6) Elvira Lacy Duarte Cardozo fue una artista plástica de destacada trayectoria que nació el 15 de setiembre de 1937 en Mataojo y murió el 27 de diciembre de 2015 en Montevideo.

arrendamos con mi hermano. Resolvimos comprar a medias (50 ha cada uno). Pero para llegar nosotros tuvimos que vender todo el ganado que teníamos (40 vacas y todas las ovejas) y como no alcanzó debimos negociar una deuda por el equivalente a 2500 kg de lana al final a cinco años (entregando 500 kg/año). Entonces, para salir adelante tuvimos que tomar ovejas en sociedad y ganado a pastoreo. No había un peso que no fuera para pagar las deudas por la compra del campo. Por seis o siete años no salimos del campo, pero siempre seguimos trabajando por cuenta propia. Nunca se nos pasó por la cabeza ser empleados, ni dependientes. Nos fuimos haciendo de ovejas y de vacas de a poquito, pensando en la tierra como sostén de la familia y motivados porque quedara para las hijas.

Aún en las épocas difíciles y más dramáticas del país, cuando se iba mucha gente al exterior a cuidar campos, en Australia o España, nosotros no lo hicimos. Hasta una vez lo charlamos en familia con las gurias, que eran chicas. Comentamos la posibilidad de salir nosotros para hacer unos pesos, aunque fuera solo por un tiempo. Pero ahí mismo lo descartamos: nos retuvieron sus comentarios sobre el riesgo de tomar aviones, una de ellas nos dijo: "Cae un avión y una queda acá, sin padres"...

## 9- LA FORMACIÓN EN LAS ORGANIZACIONES

Igual que en mi propio caso, hubiera querido que nuestras hijas tuvieran estudios después de terminar la escuela, una formación. Pero en ese momento era complicado llevarlas, instalarlas... Cuando estuvo en edad la mayor, eran muy chicas las mellizas; en cualquier caso debería haber pensado en instalarlas en un hogar, en la ciudad. Y aunque siempre las acompañamos en todo, para eso las cosas no se dieron. Sí pudimos acompañarlas en todo lo que vino después, en la oportunidad de crecimiento que se abrió a través de su participación y desempeño en las organizaciones. Y si bien en eso las tres participaron, las más chicas tuvieron la vivencia del trabajo en las organizaciones con sólo 16 años, y ahí pudimos apoyarlas para que se fueran empoderando desde más temprano.

Cuando la sequía del 2006 nos movilizamos entre vecinos para que llegara algo de ración al territorio, la primera reunión fue en agosto en Zanja del Tigre. Nosotros nunca fuimos una familia ajena al problema del otro, siempre tratamos de estar presentes. Y cuando se propuso crear una organización en el territorio (porque hubo una política de instalar organizaciones), que nos facilitara la financiación y el reparto de ración, vimos que era una oportunidad no solo para salvar a los animales de la sequía, sino que era necesario acompañar la iniciativa para lograr otras cosas con los vecinos. Entonces la participación de la familia en las organizaciones se nos fue dando como una cosa na-

tural, el hecho de que en la misma familia siempre fuimos muy unidos en todo, hizo que también cuando se inician las organizaciones rurales en el territorio, fuéramos juntos, los cinco, a las reuniones.

Y también hay que reconocer que a la hora de organizarnos, fue muy importante el papel de un referente para la zona que fue el primero que nos invitó a participar en una reunión, que se organizó en su casa en abril de 2006. Era hijo de un productor de la zona, pero había tenido estudios universitarios y siempre estuvo metido en la política. Alguien muy sabio, una persona de mucho conocimiento y con estudios, que nos enseñó mucho. Ha sido un gran maestro para todos nosotros y nos guió en ese comienzo. Aprendimos mucho, un montón de cosas que nosotros ni siquiera habíamos escuchado de lo que se logra en una asociación, del valor de ser trabajadores organizados, de qué tipo de organización nos representa mejor. Pesó mucho más su consejo que el de los técnicos del Programa Uruguay Rural que venían, las autoridades del MGAP (Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca) o de la Junta Departamental que nos visitaban.

Se puede decir que hasta entonces la gente en el territorio estaba totalmente aislada, ni siquiera sabíamos que existía la Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) o la Asociación Rural del Uruguay. Pero veíamos que en la zona los productores chicos no se habían fundido como los grandes, y que había que buscar estar representados. También vimos la ventaja de una organización que ya existía en la zona, la Sociedad Rural Guaviyú de Arapey, a la que les llegaba la ración financiada. Entendimos que era una ventaja estar organizados para no tener que recibir a través de la Junta y pagar al contado la ración, como nos pasó a nosotros en mayo de ese año.

También coincidió que cambiaron las autoridades departamentales y empezó a movilizarse mucho más la Junta de Mataojo, con los arreglos de la caminería. Se dio en ese momento que se empezó a trabajar en la zona para crear varias organizaciones. Nos dimos cuenta que era un interior muy amplio y que una sola organización no podía abarcar todo ese territorio, porque la distancia limitaba el movimiento de la gente.

Desde entonces, hemos estado un poco en todas las organizaciones. Para el lado de Mataojo se crea la Asociación de Fomento Rural de Mataojo Grande que fue en esta organización donde empezamos a trabajar primero nosotros, ya que éramos oriundos de esa zona y también participamos en la Junta. Convocamos a la primera reunión en el local de una escuela, que estaba abandonado. A esa reunión también fuimos todos y también participaron mis padres y quedó instalada la organización, siendo nosotros sus socios fundadores. Por el lado de El Refugio las reuniones derivaron en lo que después sería la Sociedad de Fomento Rural (SFR) Basalto Ruta 31 y allí nos vinculamos

después. Sobre todo las mellizas se vincularon más con la SFR Basalto Ruta 31 a partir de una capacitación que se brindó en la Estación Experimental de Facultad de Agronomía (EEFAS) en San Antonio<sup>7</sup>, y a partir de allí empezamos a participar más activamente en esa organización.

Así, fuimos conociendo autoridades e instituciones que nunca habían llegado a la zona, que nunca habíamos conocido... Papá incluso nos dijo una vez que quería conocer un ministro, y tuvo su oportunidad porque lo llevamos a conocer a Pepe Mujica. Hasta él se daba cuenta, con los años que tenía, que era un logro que vinieran autoridades a la organización que nunca antes habían llegado al territorio.

Así fue que nosotros estábamos en todas las reuniones, y que también empezaron los proyectos de vivienda de MEVIR y muchísimos cursos, incluso uno de computación que hicieron las mellizas. La hija mayor hizo su primer viaje sola fuera del departamento por la CNFR, cuando fue a un encuentro en el Centro Agustín Ferreiro. En 2010 a través de CNFR, las hijas menores tomaron los cursos de Gestión Territorial Rural (GTR) que organizó FAO/Udelar. Y aunque yo hice sólo un taller sobre Formulación de Proyectos, fue un gran aprendizaje porque ahí me di cuenta de que "estábamos pintados" en este tema de los proyectos.

## 10- TIEMPOS DE GRAN APRENDIZAJE EN MESA DEL ESTE<sup>8</sup>

Si bien soy oriunda de Mataojo, me crié sin saber lo que se hacía en la Junta, porque mis padres nunca participaron. Era un edificio y nada más para mí, con tres o cuatro funcionarios y un presidente. El único espacio de participación social que conocíamos bien era el de la escuela, cuando se organizaban kermeses y cosas así. Y ocasionalmente se organizaban algunos acontecimientos religiosos, cuando se hacían misas en el pueblo. Pero en 2005 animados por un productor vecino, nos presentamos para participar en esa Junta y mi marido fue edil. Ahí en ese período aprendimos muchísimo los dos, porque aunque el edil era él, íbamos juntos los dos ya que siempre fuimos juntos a todos los lugares.

Por eso también estuvimos participando en la Mesa del Este, que también sesionaba en Mataojo y que prácticamente nació con nosotros<sup>9</sup>. En 2008 nos invitaron a participar de la primera reunión en el marco de la descentralización agropecuaria<sup>10</sup> junto con unas 20 personas más. Yo siempre participaba como vecina de la zona, no tanto como representante de las organizaciones, aunque

en algún tiempo estuve también representándolas.

Fueron tiempos de muchos aprendizajes, aprendimos a discutir con argumentación. Y cuando llegó el momento, discutimos la educación rural que se necesitaba en el medio rural y desde la organización nos animamos a dar el debate en la Mesa. A partir de allí, y después de un año de trabajo con la Dirección General de Educación Técnico Profesional – UTU, se logró instalar el Programa Rumbo<sup>11</sup> en varias localidades en años sucesivos.

Comenzó el Programa en Mataojo y Guaviyú de Arapey, y como el lugar salió por votación, en principio a mí me decepcionó que no saliera en donde ya habíamos hecho una consulta a los jóvenes, y hasta pensé en dejar de participar. Pero me recompuse y seguimos trabajando hasta que finalmente no sólo logramos que el Programa Rumbo se re-editara para Pueblo Quintana, Cerro de Vera, Itapebí, Valentín y San Antonio, sino que además conseguimos algo mejor aún, que fue llevar primero, segundo y tercero para Carumbé: el Ciclo Básico de secundaria completo. No fue fácil y hubo que pelearla en varios frentes, ya que no nos creían que la zona iba a responder. También las gurisas lo pelearon en reuniones que tuvieron en Montevideo, con diferentes autoridades. Porque no nos creían que íbamos a conseguir convocar a los jóvenes para empezar los cursos. Pero salió, primero se consiguió un contenedor y luego otro. Una vecina ofreció y acondicionó el lugar para que se quedara la gurisada y se consiguió sacar adelante el proyecto en alternancia.

También en el área de la salud se logró algo bien concreto y necesario, la coordinación de las rondas médicas, y fue desde la Mesa que se logró la negociación con la Intendencia, los directivos de los centros médicos privados y las policlínicas de ASSE. Otros logros importantes de la Mesa llevaron muchos años de gestiones, pero fueron igualmente importantes, por ejemplo la iniciativa de electrificación de la zona de Pueblo Ramos involucró una cooperación de muchas instituciones de Salto Grande, MEVIR, INC, MGAP, todos intervienen con algo para lograr la electrificación que se acaba de lograr.

A las MDR y a las organizaciones de productores del Basalto, que las conozco bastante, se les brindó herramientas como para que la experiencia de participación se pueda sostener sin el apoyo de afuera, así mañana se corte el apoyo presupuestal del MGAP. Son organizaciones que ya tienen su edificio, computadoras, tractor y maquinaria, con un fondo rotatorio que puede involucrar una cantidad de proyectos. Porque si el fondo rotatorio se maneja bien es una forma de fortalecimiento. Hay que tratar de que la gente siga viendo la organización no sólo para conseguir la ración si mañana falta el agua, lo más importante es mantener la confianza en base a lo que aprendimos de

7) Curso Internacional de Formación "Participación y Liderazgo para la Gestión Territorial Rural", Proyecto Regional FAO GCP/RLA/169/SPA Componente 3, desarrollado en agosto de 2010.

8) Hoy en la zona funcionan tres Mesas de Desarrollo Rural (MDR): la MDR del Este, MDR Basalto Superficial y Basalto Profundo.

9) La Mesa del Este se originó en 2005 en el marco del Programa Uruguay Rural.

10) Las MDR se encuentran reguladas por la Ley N° 18.126 de Descentralización y Coordinación de Políticas Agropecuarias de Base Departamental.

11) Programa de finalización de la Educación Media Básica dirigido a personas jóvenes y adultas mayores de 18 años que hayan finalizado la Educación Primaria.

cómo nos podemos movilizar en procura de hacer algo. Y no hay dudas que conocimos lo que era un municipio por dentro y tuvimos la posibilidad de crecimiento que nos llevó a ámbitos que nunca hubiéramos pensado.

Entonces, soy una persona que me siento bien con lo que tengo, disfruto lo que tengo y trato de asimilar que así es la vida. No le veo sentido a tanta gente preocupada por tener más, que no se detiene a pensar en lo que tiene. La felicidad es eso, valorar lo que es propio, la satisfacción por lo que uno logra y todo lo que puede potenciar en su entorno para disfrutar de ser parte de la sociedad. Sin dudas fueron oportunidades de fortalecimiento para todos y en especial para nosotras las mujeres. Pienso que en el medio rural hay gente capaz, que como fue en mi caso desconocía la participación pero que al tener los espacios, se volcó y aprendió, y que hay mucha gente que se capacitó un montón.

## 11 – LA INDEPENDENCIA DE LAS HIJAS: “UNA MUJER SE VALE POR SÍ SOLA”

Tuvimos la posibilidad de alejarnos físicamente del ámbito más doméstico y al estar en esos otros espacios de participación, nos pareció interesante impulsar a las hijas, a las que nunca pusimos límites ni “eso es peligroso”

o “eso no lo hagan”, no les dijimos ni pensamos nunca en los riesgos, siempre las impulsamos con la oportunidad de viajar a otros países, es una oportunidad brillante que de otra forma no lo hubieran logrado. Nosotros las impulsamos, pero también valoramos que la responsabilidad, el esfuerzo, la voluntad y el desempeño lo ponen ellas. Porque la vida es un equilibrio de todos los días y disfrutamos pila de todas las cosas que han hecho las hijas. De esta manera también las apoyamos y ellas lo reconocen, se lo hemos escuchado en las conversaciones.

También las he escuchado decir que “una mujer se vale por sí sola”. Y ahora es una satisfacción ver que pueden tener su campo a través del Instituto [INC], instalarse ellas como antes nos instalamos nosotros, y estar trabajando también por su propia cuenta. Si bien son las tres oriundas de las organizaciones de la zona de Basalto en Salto, la mayor fue la primera en salir y viajar con CNFR a Brasil, que era algo nuevo para nosotros, hasta que luego se casó y se quedó viviendo y participando en Canelones.

Después las hijas menores comenzaron a participar con los jóvenes en las organizaciones de Salto, en las reuniones en Montevideo como consejeras y mujeres referentes de CNFR y de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar (REAF), hoy también participan en otra organización de base y como colonas en la Sexta Sección de Tacuarembó.